

una desgracia para el mundo que el caballo haya sido domesticado. El caballo es el animal que peor ha sido tratado por el hombre, y su sujeción no ha sido por completo un beneficio para la humanidad. Las opresiones a que ha contribuido desde los más remotos siglos, han sido excesivas. A él debemos muchas de las rapiñas llevadas a cabo en «las oscuras edades». Y tengo la idea persistente de que ha sido el principal instrumento de las más sangrientas guerras. Desearía que los hombres mismos tuviesen que arrastrar sus cañones cuesta arriba. No es dudoso que ellos se rebelarían contra semejante tarea. Y un jefe que estuviera obligado a estar a pie durante toda una campaña, se cansaría pronto de la guerra» (1).

En el libro de Job, escrito hará unos tres mil cuatrocientos años, encontramos una descripción del caballo de guerra. «¿Has dado tú la fuerza al caballo? ¿Has revestido su pescuezo con el rayo?... La aureola de las ventanas de su nariz es terrible. Escarba la tierra en el valle, y se complace en su fuerza; sale al encuentro del hombre armado; búrlase del miedo, y no se asusta, ni retrocede ante la espada; de lejos olfatea la batalla... el tronar de los cañones y el vocerío.»

Virgilio también hablaba del caballo de guerra, en su tercera Geórgica, escrita muchos siglos más tarde:

The fiery courser, when he hears from far
The sprightly trumpets and the shouts of war,
Pricks up his ears, and, trembling with delight
Shifts place, and paws, and hopes the promised fight (2).

El caballo de guerra de los frisos del Partenón en Atenas, que se encuentran ahora en el Museo Británico como los Mármoles de Elgin, demuestra el orgullo que los griegos sentían por estos nobles animales. En una época posterior, sabemos que Méjico y el Perú fueron conquistados, sobre todo, con la ayuda del caballo. Los indígenas miraban como a dioses a los guerreros montados. Huían ante sus cargas y eran aniquilados a millares. Y sin embargo, estos países habían alcanzado cierto grado de civilización sin el uso del caballo. Cuando los españoles devastaban el país hallaron miles de casas bien construidas, con sus jardines. «Dudo—dice sir Arturo Helps—que hubiera un solo mejicano tan mal alojado como lo están millones de nuestros pobres compatriotas.» De ahí que se ofrezca con frecuencia esta pregunta: ¿Hacemos realmente algún progreso en la civilización? ¿Somos mejores de lo que fueron los griegos o los romanos, o los mejicanos, en los tiempos de su mayor cultura?

(1) *Los animales y sus amos*, pág. 20.

(2) El activo corcel, cuando de lejos percibe el eco del sonoro clarín y los gritos del combate, levanta sus orejas, y estremeciéndose de placer, cambia de lugar, escarba la tierra, y espera con ansia la lid.

CAPITULO XIV

HUMANIDAD PARA CON LOS CABALLOS : EDUARDO FORDHAM FLOWER

He was the soul of goonnes,
And all our praises of him are like straams
Drawn from a spring, that still rise fur, and leave
The part remaining greatest.

SHAKESPEARE (1).

He prayeth well, who loveth well,
Both man, and bird, and beast;
He prayeth best, who loveth best,
All things, both great and small;
For the deard God who looet us,
He made and loveth all.—COLERIDGE (2)

The gentleness of chivalry, properly so called, depends on the recognition of the order and awe of lower and loftier animal life... There is, perhaps, in all the Iliad, nothing more deep insignificant—there is nothing in all literature more perfect in human tenderness and honour for the mystery of inferior life—than the verses that describe the sorrow of the divine horses at the death of Patroclus, and the comfort given them by the greatest of the gods.—RUSKIN (3).

¡Cuánto debemos al caballo! Para muchos es fuente de alegría y de placer. En su juventud y belleza es el favorito de su dueño. Los hombres, las mujeres y los niños aman al caballo; su paso, su trote, o su galope lo hacen agradable a la vista. El caballo nos lleva durante mucho tiempo y con firmeza; arrastra nuestras cargas; alivia al hombre de una gran parte de su trabajo. Pero llega el instante en que es degradado y esclavizado.

El caballo de carro es azotado y obligado a arrastrar pesos superiores a los que puede llevar; el caballo de coche es amordazado con frenos brutales hasta que arrastra su carga con tortura. El caballo de birlocho está expuesto a un trabajo incesante y a veces con el peor tiempo. Trabaja hasta que ya casi no puede tenerse en pie. Sus patas se enferman a causa de arrastrar su car-

(1) Era el alma de la bondad; y todos los elogios que le tributamos son como corrientes sacadas de una fuente, que prosigue manando abundante, y deja aún mayor la parte que le queda.—SHAKESPEARE.

(2) Ora bien, quien ama, tanto el hombre como el ave y el cuadrúpedo: ora mejor quien mejor ama a todos los seres, así grandes como pequeños: porque el Dios querido que nos ama, a todos hizo y a todos ama.—COLERIDGE.

(3) La nobleza de la caballería, llamada así con propiedad, estriba en el reconocimiento del orden y temor de la vida inferior y superior... Nada hay tal vez más profundamente significativo en toda la *Iliada*, en toda la literatura, nada hay más perfecto en la ternura y veneración humana por los misterios de la vida inferior, que los versos en que se pinta el pesar de los divinos caballos a la muerte de Patroclus, y el consejo que les fué dado por el más grande de los dioses.—RUSKIN.

ga sobre agudas piedras, o por estar parado en charcos de lodo. Si no cae y muere, es condenado al matadero, y allí termina su vida de trabajo y de martirio.

En el sud de Francia concluye de diferente modo. Dice el *Courrier du Centre* que los especuladores de Burdeos tratan de hacer su fortuna con ese repelente objeto, la sanguijuela. Han construído pantanos artificiales en las márgenes del Garona, y han llenado los pantanos de sanguijuelas. A estos pantanos son enviados todos los caballos viejos e inválidos del departamento. Las sanguijuelas se les pegan instantáneamente por millares. Un testigo ocular describe en términos de espantosa veracidad el vano bregar de los animales, encajados por fuerza en el fango, sangrando por todos los poros, debatiéndose en loco terror para desprenderse de las sanguijuelas que cuelgan de sus ojos, de sus labios, de sus hocicos, de todas las partes más sensibles, y por fin, exánimes por la pérdida de la sangre, chupados hasta que caen en la fatal greda, no volviéndoseles a ver más. De diez y ocho a veinte mil caballos son sacrificados anualmente en Burdeos.

Francia, lo mismo que Inglaterra, debe ser «el infierno de los caballos». Mas volvamos a nuestro país. No todos son como el duque de Wellington, que dejan que termine su vida en paz y abundancia el caballo que lo llevaba sobre sí en la última victoria. Los caballos son, en su mayor parte, atormentados mientras viven, y arrojados cuando se inutilizan. La señorita Bradon hablaba de los «caballos llenos de brío que tascan sus frenos en ese elocuente martirio con el cual se da maña la moda para hacerles la vida a un par de caballos de coche que valen trescientas guineas, mucho peor que la del asno de un frutero». Una señora escribió últimamente en el *Truth*, pintando las torturas que había visto sufrir a un tronco de caballos parados en Regent Street.

«Observé—decía—una victoria y un tronco de caballos parados a un lado de la calle. Las riendas de cabezada se hallaban atadas con tal tirantez, que a los pobres animales les era imposible cerrar sus bocas, y causaba tal pena ver su malestar, que me acerqué al cochero y le pedí, aunque en vano, que aflojara un poco las riendas. Todo lo que pude conseguir del individuo fué que me respondiese: «Están acostumbrados a ello; a la señora le agrada que estén así.» El caballo de la derecha era el que parecía sufrir más. El pobre animal trataba en vano de conseguir un alivio; la mirada triste que había en sus ojos me ha de perseguir por mucho tiempo.»

El hombre que más ha hecho para aminorar el infortunio de los caballos de carruajes, es Eduardo Fordham Flower. Casi se le

podría llamar *el misionero de los caballos*. Ha dedicado su tiempo, su dinero y su trabajo, a tratar de suprimir la crueldad de las mordazas de las riendas de cabezada. Ha emprendido la tarea con su acostumbrada resolución. Ha escrito folletos, y ha hablado en *meetings* por todo el país. No había la menor indecisión en su lenguaje. En un *meeting* público convocado por la baronesa Burdett Coutts, comparó a ese instrumento, la mordaza de las riendas de cabezada, con el cepo militar de los tiempos pasados; y afirmó que aquellos que la usaban, aunque por regla general no lo eran los que tenían coches de alquiler, sino señoras y caballeros particulares, ¡debían ser llevados a la cárcel! El señor Flower tiene una habitación en su casa, llamada la «cámara del tormento», en donde están colocados en filas los horribles frenos, como una protesta contra la crueldad de los hombres para con los animales. El señor Flower ha sido también un abogado firme y justo de la abolición de la esclavitud de los hombres, así como de la de los caballos, como lo demostrará la siguiente narración, aunque tememos que no la podremos dar del modo brillante en que refiere él la historia de su vida pasada.

El señor Flower nació en Hertford, en 1805. Era el menor de una familia de cinco hijos. Su padre, que era hombre de fortuna, compró la hacienda de Marden Hill, que distaba unas tres millas de Hertford. Allí fué a vivir la familia en 1808. El joven Eduardo tenía gran cariño por los animales. A los cinco años de edad empezó a montar a caballo. Tenía un caballito shetland llamado *Moisesito*. Cabalgaba diariamente para ir a la oficina de Correos, con objeto de llevar y traer las cartas. El caballo llegó a ser su mejor amigo. Eran como dos compañeros de juego que están juntos.

A los seis años le dieron un caballo enano. Su tío, Eduardo King Fordham, le compró un precioso regalo, una silla de montar, riendas y un látigo. Había salido un día con su padre, y dió de latigazos a su caballo porque se había espantado de algo en el camino. Su padre lo vió y lo hizo volver. «Veamos, Eduardito, por qué castigaste a ese caballo.» «Porque se espantó.» «Bien, ¿no ves que había un agujero profundo al cual lo conducías?» Su padre le cogió el látigo y se lo puso colgando a la espalda. «¿Te gusta esto?» «No—contestó el niño—; lo detesto.» «Bueno; pues, Eduardo, nunca azotes a un caballo a no ser que sea absolutamente preciso.»

Poco tiempo después le aconteció un accidente. Fué un día a ver cómo trabajaba una nueva máquina de trillar. Puso sus dedos entre los dientes de la rueda, cogiéndoselos entre ellos, y su brazo hubiera sido arrastrado al interior, a no ser por uno de los trabajadores que paró la máquina y le sacó el brazo. No obs-

tante, perdió la mitad de uno de sus dedos. Estuvo enfermo en cama durante algún tiempo. No podía leer ni escribir. Aunque Hertford no se hallaba más que a tres millas de distancia, no iba a la escuela. Le desagradaba el estudio y su padre no quería obligarle a que estudiara.

Durante el tiempo que estuvieron en Marden tenía su padre que ir con frecuencia a Londres; y durante el camino, solía pedirle a su hijo que «bajase y desenganchara las riendas de cabezada.» «Esto fué—dijo él mucho después—lo que le dió la idea de lo que influían los frenos y riendas de cabezada en el andar agradable de un caballo.»

Las granjas de Marden Hill y West End, que tienen una extensión de dos mil acres, no respondían muy bien. El señor Flower no había sido afortunado al introducir merinos. No podían crecer ni progresar allí. Además, después de terminada la guerra con Francia, estaba muy decaída la agricultura en Inglaterra. Jorge, el hijo mayor, había sido enviado a los Estados Unidos con el propósito de estudiar la magnificencia del país. Escribió una carta a su padre, diciéndole que era el país más rico y próspero del mundo. «Veníos—decía—, y nunca tendréis motivo para arrepentiros de ello.»

El señor Flower vendió su propiedad en 1817, y se dispuso a emigrar a los Estados Unidos con toda su familia. El joven Flower tenía entonces doce años. Su padre contrató dos buques en Liverpool para llevar lo que le pertenecía. Además de su familia llevó como unos cien hombres y mujeres, incluyendo agricultores, herreros, un pastor y un cochera, como asimismo varios sirvientes domésticos. El cargamento contenía también dos vacas, una docena de ovejas, algunos cerdos ingleses, seis pares de perros, y dos mastines escoceses. Los buques se hicieron a la vela, de Liverpool para América, en marzo de 1818.

Uno de los buques (el *Ana Maria*) fué a Nueva York y el otro a Filadelfia. En Nueva York bajó a tierra la familia para admirar las maravillas de la gran ciudad occidental. Al ir el joven Flower y su padre por Broadway tropezáronse con Guillermo Gobbett, quien venía por la calle en mangas de camisa. Siendo el señor Flower un personaje político bien conocido en su país, se reconocieron el uno al otro, y conversaron acerca del estado de los asuntos en Inglaterra y en América.

El *Ana Maria* hizo rumbo de Nueva York a Filadelfia para unirse a su buque hermano. Todos los trabajadores, los sirvientes y el ganado, fueron desembarcados. Entonces era Filadelfia una bonita y limpia ciudad cuáquera, no muy polaca, ni muy distante del país deshabitado hacia el Oeste. A unas cincuenta millas de Filadelfia no habían sido construídos aún los caminos.

Los *filadelfos* aun no habían pedido prestado, para hacer los caminos y canales, el dinero que después negaron a sus acreedores. Poco después de haber desembarcado, empezó el señor Flower a arreglar su convoy, con el propósito de dirigirse hacia el Oeste, a una gran extensión de terreno, como de unos veinte mil acres, comprada por su hijo en Wabash, Illinois. Alquiló tres carros grandes, cada uno tirado por seis caballos, y para los sirvientes otros tres carros grandes con un par de caballos cada uno.

Todo el convoy salió de Filadelfia en mayo de 1818. Como el tiempo era hermosísimo, debió ser encantador el viaje. El país se hallaba poco poblado. Se evitaron los bosques primitivos, que aun no estaban aclarados, y la cabalgata de carros grandes siguió por sendas ya recorridas. Como en todo el camino no había posadas ni puntos de descanso, dormían por la noche los emigrantes dentro de los carros, vigilados por sus perros poderosos. De vez en cuando pasaban por un villorrio, el principio de algún pueblo o ciudad futura. Hacían su provisión de alimentos y pan comprándolo a los pobladores. Gettysburgo fué uno de éstos. Aunque silencioso y pacífico entonces, fué después teatro de una de las más sangrientas batallas de los tiempos modernos. El convoy siguió hacia Chambersburgo, donde atravesó las montañas de Alleghany. La subida era muy escarpada, y los carros prosiguieron con muchas paradas para dar descanso a los caballos. Sólo podían hacer unas diez o doce millas por día.

Luego que fué vencida esta dificultad, siguieron hacia Pittsburgo, donde llegaron a la vista del río Ohio. En esa época no había vapores por el río; en consecuencia, tuvo el señor Flower que resolverse a hacer que flotara su cargamento aguas abajo en el Ohio, hasta el lugar de su destino. Hizo construir tres grandes almadías o balsas, en las que embarcó a los hombres, los carros, los caballos, ovejas, vacas, perros y todo lo demás. Las balsas siguieron lentamente aguas abajo, pasando villorrios y pueblos a lo largo de las márgenes, hasta que llegaron a Cincinnati, entonces pequeño pueblo, aunque ahora es una gran ciudad. Después de detenerse allí algún tiempo, continuaron su curso otra vez las balsas, a lo largo de la ribera sud de Indiana, hasta Louisville. Los Flower permanecieron algún tiempo en Lexington. Por aquella época vivía allí Enrique Clay. Hizo relación con él el señor Flower. Clay, en su trato amable, se ofreció a hacerse cargo de las vacas y sus terneros, para alimentarlos mejor en tierra, hasta que el señor Flower pudiera enviar por ellos.

Entonces fué cuando los Flower empezaron a comprender lo que era la esclavitud. El río Ohio corría entre los Estados libres y los Estados esclavistas. De un lado estaba Kentucky y del otro Indiana e Illinois. Los esclavos cruzaban con frecuencia el río

en busca de su libertad, y eran seguidos por los *kidnappers*, quienes los volvían a llevar a la esclavitud.

Cierta mañana oyó el señor Flower unos gritos agudos y penetrantes que salían del piso bajo de la casa. En el acto se levantó de la silla, bajó al sótano, se asomó por la puerta, y vio que el dueño de la casa estaba azotando a una negrilla. Abrió la puerta, se puso entre la muchacha y el dueño, y le dijo que se abstuviera de continuar azotando. La muchacha se salvó por el momento. El dueño amenazó con los tribunales al señor Flower. Pero se abstuvo y su huésped no fué molestado.

El convoy volvió a emprender su camino para llegar a la propiedad en que debían establecerse los emigrantes. Se hallaba situada al oeste de Wabash, en el condado Edward, Illinois. En su marcha pasaron por la colonia Armonía, fundada por Jorge Rapp y sus partidarios alemanes. Componíase de cierto número de casas de madera, con un iglesia, una escuela, un molino para moler grano y algunos talleres. El lugar fué comprado más tarde por Roberto Owen, y los Rappistas se trasladaron a Economía, cerca de Pittsburgo (1).

El convoy dirigióse al lado oriental de Wabash para llegar al embarcadero. El país no tenía entonces población ninguna. El hombre de la barca fué la única persona que vieron. Tuvieron que aguardarle durante algún tiempo, pero llegó al fin. Los negocios no urgían en esos parajes. Consiguieron atravesar el embarcadero. Empleóse mucho tiempo para pasar al otro lado todo el convoy de personas, animales y carros. Después de un descanso, hicieron camino hacia el Norte atravesando las praderas. ¡Qué hermosas eran las praderas! Componíanse de extensas llanuras ligeramente ondeadas, cubiertas de pasto y de preciosas flores silvestres. Una niebla plateada descansaba sobre ellas, y se extendía a enormes distancias. Durante la noche salían las luciérnagas en número infinito y flotaban en la obscuridad. El pasto de las praderas era tan alto que cubría a un hombre montado a caballo. El convoy continuó su camino dirigiéndose por el

(1) Se ha dicho de los Rappistas, que la tendencia mística de los miembros en su separación religiosa, y su expectativa milenaria de un pronto advenimiento de Cristo, formaban extraño contraste con su buen sentido práctico y hábitos de vida económicos. No son espiritualistas, como los *Tembladores*. El padre Rapp les enseñó a ser cristianos prácticos, e inculcó sobre los «deberes de la humanidad, la sencillez en el vivir, la abnegación, el amor al prójimo, el trabajo, la oración, y el examen de conciencia regular y perseverante.» Teniendo comunidad de bienes (a imitación de los primeros cristianos), como uno de sus artículos de fe, todos y cada uno estaban obligados a trabajar con sus propias manos. «Como cada uno trabajaba para todos,—dijo uno de ellos a Nordhoff, viajero alemán—, y como el interés de uno es el interés de todos, de aquí que no exista razón alguna para que haya egoísmo, y no hay lugar a despilfarro. Hemos sido educados para ser económicos: el despilfarro es un pecado. Vivimos sencillamente, y cada uno tiene lo suficiente, todo lo que puede comer y usar, y ningún hombre puede hacer más que eso.» Son aficionados a las flores, a la música, a la pintura y a la escultura. La casa del padre Rapp contenía un número de pinturas de gran valor, y tenían una biblioteca; sin embargo, al viajero le dijeron: «La Biblia es el libro que más se lee entre nosotros.»

compás solamente, porque no había otro medio para guiarse, excepto las constelaciones del cielo. Ahí estaba el «Carro de Jorge» para guiarlos hacia el Norte.

Luego de haber viajado como unas mil millas por caminos, senderos y balsas, llegaban por último a su *home* en el lejano Oeste. Al oeste de ellos no había nada, fuera de las praderas y el desierto, con algunos indios, cazadores de venados, ciervos, liebres, etc., y pobladores ambulantes de vez en cuando. Encamináronse a Piankishaw, antigua ranchería de indios, de donde acababan de partir los shawnees. Era difícil encontrar un hogar en ese lejano distrito. Mas emprendieron la obra con todo corazón. Los trabajadores y los herreros aserraron los árboles más altos de un bosque vecino, y con el esfuerzo de un trabajo diario edificaron una choza de madera para la familia y los sirvientes, durmiendo en el interin la familia en los carros. Después construyeron los hombres para sí algunas chozas de madera. Al fin se formó el establecimiento. Pero la muerte alcanzaba en todas partes. El joven Flower fué el primero que abrió una tumba en el país. Debía contener el primer muerto: el hijo de su hermana mayor.

¿Mas, cómo iban a arreglarse, a fin de obtener alimento para los vivos? La estación estaba demasiado adelantada para arar la tierra. Se hallaban en el mes de julio. Después de comerse las provisiones que tenían, empezaron a sentir el hambre. De vez en cuando se mataba un venado, y esto bastaba por algún tiempo; pero había más de cien personas que alimentar, y eso era poco. Sólo por acaso se hacía con alegría la caza de algún venado. «¿Qué se le dará al que mate un venado?»

Por último llegó a tal privación la colonia que tuvieron que buscar alimento por otra parte. Partió el joven Flower con algunos hombres para Shawneytown por provisiones. Este lugar se hallaba muy distante. Dos días invirtieron en llegar allí, aunque sólo distaba setenta millas. Dieron descanso a sus caballos durante la noche, mientras que en torno suyo oían el aullar de los lobos. Sus valientes perros los protegían. En Shawneytown tuvieron la suerte de obtener harina y algunos jamones, con los que regresaron en el acto a su casa. Los caballos tuvieron que pasar a nado el Little Wabash, a la ida y a la vuelta. Sufrieron la mayor dificultad para pasar las provisiones sin mojarlas. Cuando las tuvieron intactas en tierra, hicieron una gran hoguera, secaron sus ropas y se calentaron ellos y los caballos, acostándose para dormir. En la madrugada montaron a caballo y se fueron al galope con sus provisiones. Puede suponerse la alegría con que fueron recibidos.

Así siguió luchando la colonia. Después que la familia había

vivido por algún tiempo en la choza de madera, se marcó el sitio para una casa, y Park House fué edificada. El joven Eduardo se fué a Lexington para llevar a su madre a la nueva casa. Allí había estado viviendo cuando la colonia estaba en sus mayores apuros; y ahora hallaba una familia feliz para reunirse a su alrededor. En el ínterin se habían formado nuevos establecimientos en el distrito. Ahí estaba Warrington, con chozas de madera; y se había dado principio al pueblo de Albión, en la actualidad capital del condado Edwards.

Cuando Eduardo tenía catorce años y medio, principió su padre a pensar en su educación: Un maestro de escuela se había establecido en una choza en Warrington. «Vamos, Eduardito—díjole su padre—, has sido muy perspicaz y diestro, y tenemos que hacer algo por ti. Tienes que ir a casa del maestro de escuela y adquirir allí algunos conocimientos y educación.» La escuela estaba muy distante. Para cortar el camino cruzaba el discípulo por un terreno cenagoso cuando el tiempo estaba bueno. Era la querencia de los pavos silvestres. Huelga decir que el discípulo llevaba consigo su perro y su escopeta. En el camino para la escuela cazó un magnífico pavo, y se lo llevó al maestro. Encantado estaba el maestro de escuela con la idea de comer un pavo, y Eduardito llegó a ser su discípulo predilecto.

Al día siguiente empeñóse en regalar un venado al maestro de escuela. Este salió a cazar con él y siguieron cazando constantemente. Venados, y pavos, y toda clase de caza iban al hogar del maestro de escuela. Creía que nada habría mejor que esto. Pero la educación de Eduardo marchaba pésimamente. En verdad, aborrecía el estudio, y gustaba mucho más de la caza. Un día, en su casa, fué examinado en la tabla de multiplicación. Principió a contestar: «Dos por dos son tres; dos por cuatro son cinco; dos por cinco son ocho.» «Basta—dijo su madre—, todo eso es un disparate. Vuelve a casa del maestro de escuela.»

Mas el maestro de escuela volvió a salir como antes a cazar con él. Eduardito nunca se contrajo al estudio. Su padre lo examinó de aritmética otra vez. No se hallaba más adelantado. «Dos por dos, seis; dos por tres, ocho», y así lo demás. Había estado seis meses en la escuela, y ése era el resultado. Por último le sacó de allí su padre, y le puso a que cuidara el ganado de su casa. Y ésta fué la única instrucción que recibió en América.

Eduardo siguió cazando aún venados, que eran, naturalmente, uno de los alimentos necesarios. Un día se fué a cazar a pie con varios amigos. Después de mucho andar, dió su perro con el rastro del venado. Cogió la pista y siguió adelante, mas de repente se paró hasta que llegó su amo. Este había dejado a sus

amigos muy atrás. Después de una larga rastreada por los bosques, levantó la caza el perro, y él le dió un balazo al venado. Ya era tarde, y estaba a venticinco millas de su casa. Llamó a sus amigos, pero ninguno de ellos se hallaba al alcance de su voz. Estaban ya de regreso para la casa. No queriendo perder el venado, sentóse al pie de un árbol junto al animal y se quedó profundamente dormido. De pronto fué despertado por el aullido de los lobos. Habían olfateado la presa y estaban en marcha para devorarla. Para verse libre de ellos descargóles repetidamente su rifle; pero siempre les oía gruñir a su alrededor, aullando de tiempo en tiempo. La noche estaba oscura como boca de lobo. Al fin, cuando la luz del alba entraba por entre las ramas del bosque, se levantó y emprendió el camino para su casa. Cuando llegó a ella, tenía un hambre terrible, porque había estado treinta y seis horas sin tomar alimento alguno.

Cuando los Flower fueron al Illinois, había por allí muchos osos; osos negros y osos pardos. «Cierta mañana—dice mister Flower—, yendo a caballo por un campo de maíz, para cortar unos árboles de un bosque vecino, vi que se levantó un oso grande y gordo. Metióse entre unos pantanos para huir de nosotros. Me acompañaban cuatro hombres y mis perros. Tres de los hombres fueron conmigo para atacar al oso. Los perros llegaron primero. El oso embistió a los perros, los abrazó y los mató. Entonces nos arrojamos sobre él con nuestras hachas, y después de una lucha reñida, lo matamos, lo llevamos a casa y lo comimos. Fué grande ayuda para nuestra provisión de invierno.»

Cierto día, al anochecer, mientras que Eduardo estaba a caballo con su rifle colgado a la espalda, principió a ladrar su perro a algo que se aproximaba. Estaba entonces próximo a la pradera, muy cerca de un bosquecillo. Alzó la vista y creyó ver que se le acercaba un animal grande. Al aproximarse más vió que era un hombre a caballo. «¿Sois inglés?» le gritó el individuo. «¡Sí, lo soy!» «¿Adónde vais?» «Bien, voy precisamente a mi casa. Venid conmigo y recibid nuestra hospitalidad.» A la verdad, cualquier extraño era bien venido en estos llanos, en los bosques o en las praderas. Todos eran tratados con la acostumbrada amabilidad y hospitalariamente.

Después de una inversión grande de capital, cambió muchísimo el aspecto del país. Se sembraba mucho grano y se criaba ganado, mas no sin inmenso trabajo de varias clases; pero era imposible proteger las cosechas y el ganado de los ataques de animales salvajes. Eduardo Flower tomaba una parte activa en todo ese trabajo, y fué indudablemente esta enseñanza práctica y no el maestro de escuela de Warrington lo que le ayudó a formar su notable carácter enérgico y le enseñó a no abando-

nar empresa alguna por difícil que fuera, ni a cejar ante los obstáculos que pudieran ser vencidos por la energía y el trabajo.

La verdad era que Mr. Flower, el mayor, había cometido un error comprando una propiedad tan grande antes de hallarse rodeada por una población consumidora. El país estaba aún despoblado. Pasaron unos veinte años antes que los emigrantes llegasen hacia el Oeste, en donde estaba el Wabash. Albién se encontraba a unas quinientas millas delante de los pobladores. La consecuencia fué que Mr. Flower tuvo las mayores dificultades para poder vender su ganado y demás productos. Con todo, los emigrantes iban acercándose, y muchos de ellos se establecieron cerca de Albién. Muchos de los negros libertos que habían comprado su libertad, vivían en el pueblo, y se convirtió en lugar próspero. Varios de los emigrantes ingleses fracasaron y se vieron obligados a regresar a su país. Entre éstos estaba Mr. Hookham (ahora librero de la calle Bond, de Londres), quien emigró con su mujer y procuró establecerse. Un día fué a visitarlos el joven Flower y los halló matando un ave. La señora se desmayó cuando vió la sangre. Abandonaron su establecimiento y volvieron a Inglaterra.

Otra de las dificultades con que tropezaron los Flower eran los esclavos, cautivos o libres. Se recordará que el río Ohío separaba el Estado libre de Illinois del Estado esclavista de Kentucky. Había muchos esclavos que hallándose en poder de buenos amos, podían comprar su libertad. Los de la parte oeste de Kentucky cruzaban el río y, en su mayor parte, se establecían en el creciente pueblo de Albién. Pero había asimismo multitud de esclavos en manos de amos, al otro lado del río, que eran tratados con bárbara crueldad. Los maridos, las mujeres y los hijos eran separados unos de otros y vendidos indistintamente en todos los puntos de los Estados esclavistas. Muchos de los esclavos, hombres y mujeres, se escapaban de sus amos, cruzaban los ríos y se ocultaban en los pantanos y en los bosques, para disfrutar de la libertad. Muchos pasaban a nado el Ohío y se refugiaban en Albién. Otros se iban hacia el Norte hasta que llegaban al país libre del Canadá.

Los dueños de esclavos rastreaban a éstos con mastines, y, con frecuencia, los volvían a llevar a sus trabajos y aumentaban sus castigos. Por esta época cruzó el Ohío una cuadrilla organizada de *kidnappers*, que se esforzaba en capturar a los negros, tanto esclavos como libres, para conducirlos aguas abajo por el Mississippi y venderlos en Nueva Orleans. Uno de los negros esclavos fué tomado a su servicio por Mr. Flower. Era un hermoso negro, hombre excelente y servidor eficaz. Mr. Flower le dijo un día: «Debes ser esclavo de seguro; ¿o has comprado tu li-

bertad?» «No, patrón—dijo el esclavo—; pero mi amo me azota tanto y me trata tan mal, que me he visto obligado a escaparme.» Al poco tiempo de esto llegó allí su amo acompañado de su cuadrilla y le encontró trabajando en la granja de Mr. Flower. Inmediatamente lo hizo agarrar, le puso las esposas y se lo llevó a la fuerza.

Mas el esclavo volvió a huir de su amo y se refugió en casa de Mr. Flower. Estaba cansadísimo y medio muerto de hambre. «El amo está muy cerca, me viene siguiendo»—dijo él. El joven Flower metió al individuo en un pozo y puso encima una tabla. De vez en cuando le arrojaba pan. El amo que le perseguía buscó por todas partes y no pudo hallar al esclavo. El joven Flower sacó al individuo de su pozo, le dió de comer y le dijo que huyera a todo escape. En seguida se dirigió hacia el Norte para el Canadá. Pero antes que pudiera cruzar el río, se habían puesto sus perseguidores sobre su pista. Le cogieron, le pusieron esposas y le entregaron a la *justicia!* Le dijo a su amo que nunca sería esclavo, que no quería volver con él, aunque le costara la vida. Así, pues, cuando el constable fué a apoderarse de él como a esclavo fugitivo, sacó una pistola que tenía oculta en la ropa y le mató de un tiro. El esclavo fugitivo fué ahorcado inmediatamente.

Había decenas de casos iguales a éste. Flower avergonzabase con semejantes hechos, que tenían lugar en un país que se titulaba libre. Principió a pensar en abandonar el país, pero había invertido tanto capital en poblar y en formar el distrito, que se abstuvo por algún tiempo. Aumentaba constantemente el número de los *kidnappers*. Venían en cuadrillas cazando negros por todo el país. Los traficantes de esclavos resolvieron hacer lo posible para que saliera del Estado Mr. Flower. Pero él no quería salir sin luchar antes con todas sus fuerzas. Los magistrados eran entonces de un género muy singular. Un día que Mr. Flower fué a ver al señor De Pugh, el magistrado que estaba más próximo, para hacerle firmar ciertos documentos, halló al señor De Pugh sentado en su cama completamente desnudo. «Vamos—dijo—, creo que debo ponerme alguna de mis chaquetillas.» En seguida se levantó y firmó. Mr. Flower se relacionó con otro magistrado, Mr. Moisés Michel, quien después le fué útil, como lo demostrará el siguiente relato:

Contaba entonces diez y ocho o diez y nueve años—dice mister Eduardo Flower—; regresaba a mi casa con otra persona, muy cansado y fastidiado, pues había estado caminando todo el día. Cuando me aproximaba a mi casa, llegamos a un paraje en el bosque en que oímos un fuerte altercado que tenía lugar entre los chaparrales. Oí las palabras «mientras viva no he de sol-

tar las riendas». ¡Era la voz de mi padre! Inmediatamente me abalancé con mi compañero y encontré a mi padre que tenía las riendas de un caballo, sobre el cual estaba amarrado uno de nuestros negros libres. «Si no soltáis—dijo uno de los *kidnappers*—, os doy un tiro en el acto.» Inmediatamente me eché sobre él y le di un golpe con mi hacha. Mi compañero se fué al otro y casi le cortó el brazo. Mi padre fué salvado y los *kidnappers* huyeron en seguida por el bosque.

»En el acto obtuvimos una orden para su prisión, dada por Moisés Michel, el magistrado. Creímos que los *kidnappers* habrían venido del otro lado del Wabash por un punto dado. Nos resolvimos a capturarlos. Tomé la dirección de nuestra partida y el magistrado nos acompañó. Partimos a hora avanzada de la noche y llegamos a Wabash al despuntar el alba. Fuimos al embarcadero y vimos que los *kidnappers* no habían pasado. Volvimos, atamos los caballos a los árboles y anduvimos como una media milla a nuestro frente en el camino trillado por donde debían venir los *kidnappers*. Después de haber aguardado algún tiempo, sentimos que los traficantes se proximaban a caballo. Les oíamos por sus pisadas sobre las hojas secas y ramas quebradas. Se nos aproximaban y pronto los tuvimos a la vista. El magistrado nos mandó que cada uno apuntara a su hombre con el rifle. Todos estuvimos prontos. Cada uno de la cuadrilla que venía, tenía alguien que le estaba apuntando; los rifles se hallaban montados.

»El magistrado se adelantó. «Hombres—les dijo—, ¡rendíos! ¡Cada uno de vosotros está cubierto! Tengo orden de prisión contra cada uno de vosotros.» Los hombres se detuvieron para consultarse. «¡No, no!—añadió el magistrado—, rendíos inmediatamente. Si os movéis, se hará fuego sobre todos. Vamos, pues, desnudaos todos y venid aquí para ser atados.» Por último dejaron sus armas, se desnudaron y se adelantaron uno por uno y fueron atados.

»Eran ocho entre todos. Tenían que ser conducidos como unas veinte millas atrás para ser juzgados en Albión. Pero cuando estábamos en camino, me dijo el magistrado: «Creo que tenemos demasiados entre manos; hay dos individuos, no tan malos como sus compañeros, a quienes podríais soltar dándoles algún consejo.» Fueron desatados y se les dejó ir. Otros dos hombres fueron interrogados y prometieron que jamás volverían a tomar parte en empresas semejantes. También se les soltó. Entonces quedaban los presos reducidos a cuatro, los peores y más arraigados en sus instintos de capturar negros libres. Los cuatro fueron juzgados, sentenciados y condenados a dos años de prisión con trabajos forzados en la penitenciaría de Vandalia.» De

este modo fué destruído a lo largo del Ohío, la costumbre de robar hombres, y gracias a los poderosos esfuerzos de Mr. Flower y de la colonia inglesa, se impidió que el Illinois fuera un Estado esclavista.

Entretanto estaban los *kidnappers* sedientos de la sangre del joven Flower, y se formó una cuadrilla para asesinarle. Había sido la persona más activa y enérgica en la colonia para acabar con los *kidnappers*, y ahora debía sufrir las consecuencias él o su familia. Sucedió que tuvo conocimiento de sus intentos Jack Ellis, un habitante de los bosques. Jack había sido el maestro del joven Flower, y le acompañaba en sus excursiones en busca de los venados por los bosques y las praderas. De ese modo había llegado a tener gran cariño a su joven patrón. De algún modo debió estar relacionado con los *kidnappers* y así supo su propósito de asesinar a Eduardo. A éste ya le habían descerrajado un tiro estando sentado al lado de la chimenea. Una noche penetró una bala por la ventana e hizo pedazos el espejo que había detrás de su cabeza. Toda la familia se puso de pie y se dirigió velozmente hacia la puerta; pero los *kidnappers* habían huido.

La lucha se hizo más ardiente. Una noche fué Jack Ellis a ver a la hermana de Eduardo y le dijo como un secreto que los *kidnappers* estaban decididos de todos modos a quitarle la vida a su hermano. «Mi opinión—le dijo—es que Eduardo debe abandonar la comarca inmediatamente, si quiere evitar el ser asesinado.» Siguióse el consejo de Jack. Mr. Flower, padre, despertó muy temprano a Eduardo a la mañana siguiente y emprendieron en seguida su marcha para Inglaterra. Pero ahora viene la tragedia. Dos noches después, cuando aún no era conocida su marcha, llegaron a la casa unos seis *kidnappers* y preguntaron por el joven Flower. La noche era obscurísima y no se pudo reconocer a los individuos. Un joven, Ricardo, primo de Eduardo Flower, y muy parecido a éste, salió a la puerta. En seguida le cogieron los individuos, le golpearon con sus hachas y le dejaron muerto en el sitio. El desgraciado Ricardo fué muy sentido; pero nunca se pudo descubrir a sus asesinos.

Cuando Eduardo se marchó de su casa, ordenó que su perro favorito *Penusito* fuese encerrado. El perro estaba siempre con él, dormía con él y cazaba con él. El animal no quería separarse de su amo. De un modo u otro consiguió salir, siguió la pista de su amo hasta el buque y subió a bordo. Fué sacado de allí y puesto en manos del hermano de Flower. Cuando el buque salió del embarcadero, soltóse el perro y se lanzó al Ohío. Claro es que no se podía atender al perro. El buque continuó su marcha y lo último que vió Flower fué a su perro nadando aguas arriba por el Ohío, hasta que sólo fué un pequeño punto lejano.

Eduardo y su padre embarcáronse para Inglaterra en un pequeño bergantín de 150 toneladas. Eran los únicos pasajeros. Desembarcaron en Liverpool en 1824. Cerca de siete años habían pasado desde que habían salido del mismo puerto y todo se hallaba muy cambiado. Eduardo había crecido, de muchacho de trece años, hasta ser un hombre bien desarrollado de cerca de veinte. Todavía estaba vestido con el traje de los pobladores de los bosques—un gorro de cuero de zorro con la cola pendiente sobre sus espaldas, una chaquetilla de cazar, adornada con flecos, calzones de cordobán, polainas negras, por calzado unas mocasinas y un gabán obscuro encima de todo. Desde luego se vistió con ropas a la europea.

Poco después se dirigieron ambos a Barford, en Warwickshire. Luego de permanecer allí algún tiempo, fueron a visitar a Benjamín Flower, redactor de un diario de Cambridge. Sus hijas eran Elisa y Sara Flower. Esta última, autora del hermoso himno que se canta en todas las iglesias, *Nearer my God to thee*. Algunos meses después fué Eduardo a New Lanark, en Escocia, para ver a Roberto Owen; que era tenido entonces por un gran filántropo. A su vuelta a Londres para reunirse con su padre, le dijo que su intención era quedarse en Inglaterra para adquirir alguna educación. Sorprendióse su padre, mas el hijo persistía en su propósito. No reveló su secreto; pero lo que le impelía a quedarse en Inglaterra era el amor. Su padre convino en dejarle dos mil libras esterlinas en ganado americano, con cuyo rendimiento podía arreglarse bien para vivir; y de no, ahí estaba su casa en América, a la cual podía regresar cuando quisiera.

Después de despedir a su padre, que se embarcó en Liverpool, regresó a New Lanark con Roberto Dale Owen. Allí recibió su primera educación literaria, aunque la educación práctica que había recibido en los lejanos bosques demostró serle mucho más útil en su vida ulterior. Durante unos quince días vivió en casa de Roberto Dale Owen y después en una casa de huéspedes. Estando de paseo un día, encontró a un caballero que le preguntó por el camino de New Lanark. Respondióle: «Os voy a conducir; yo vivo allí mismo.» Ambos entraron en una conversación amistosa. Resultó que el caballero era el doctor Andrés Combe, de Edimburgo, que iba para ver por sí mismo las admirables cosas que se habían llevado a cabo en New Lanark, en la educación de sus niños y niñas en los talleres. El doctor Combe comió con el joven poblador de los bosques, comunicándole éste más tarde y con franqueza su historia y su intento de *recibir educación*. «Bien—dijo el doctor—, conseguí una gramática de Murray y dedícaos desde luego a leer. Leed los mejores libros y meditaad sobre ellos. No hallaréis dificultad alguna.»

Flower continuó durante seis meses sus estudios en New Lanark. Trabajó tanto con sus libros, que perdió su salud. Cierta es que había una gran diferencia entre estar sentado sobre una silla en su pequeña habitación, ocupando su cerebro con aprender y escribir palabras, y andar de aquí para allá en las praderas del lejano Oeste, aspirando las deliciosas brisas de la libre atmósfera. Finalmente, abandonó a New Lanark y viajó a pie desde Edimburgo hasta Londres, a través de pueblos y ciudades, que eran siempre maravillosas para él. Vivió por espacio de seis meses, como discípulo, con el doctor Kelly, de la plaza Trinidad, en Londres, y con él se perfeccionó en la aritmética, álgebra y otros ramos de la enseñanza superior.

Tenía entonces veintidós años y estaba dispuesto para los negocios. Fuese a Birmingham y se empleó como dependiente de un comerciante de granos en comisión, con un sueldo de cien libras esterlinas al año. Se le encontró tan útil, que a los dos años ganaba un sueldo de cuatrocientas libras esterlinas anualmente. Contrajo entonces matrimonio con una noble y afectuosa mujer, y, después de éste, fué agradable su camino de la vida. Establecióse en Strasford-upon-Avon, donde llegó a ser uno de los más importantes cerveceros del país. Fué regidor mayor del condado por cuatro años y juez de paz del condado de Warwick. En todas partes era honrado y respetado. Su hogar era el hogar de la hospitalidad; amaba especialmente a sus amigos americanos, y en el verano estaba su casa llena de ellos. Organizó y llevó a efecto el tercer centenario de Shakespeare en 1864, en su elegante estilo.

En ese año sufrió un ataque de parálisis y se retiró de los negocios. Pero tenía en sí una admirable fortaleza y grandes bríos. En 1865 tuvo otro ataque y perdió el uso de un lado de su cuerpo. No obstante, se presentó, en 1868, como candidato al Parlamento por North Warwickshire. Fué derrotado, mas no se abatió por ello. Volvió a intentarlo por Coventry, en 1869, pero fué derrotado otra vez. Tuvo otro ataque en 1872 y olvidó casi por completo el idioma inglés. Vióse obligado a principiar con los nombres, adjetivos, adverbios y demás.

Marchó a Roma y mejoró su salud. En seguida se fué a Pau, en el sud de Francia. En todas partes vió la crueldad con que eran tratados los caballos, las mulas y los burros. Esto le affigia extraordinariamente. Cuando volvió a vivir en Londres, en 1873, puso mano a la obra para extirpar el mal que se causaba a los caballos, particularmente por el uso de frenos y de riendas de cabzada. Compró un caballo negro. Había sido enfrenado y atormentado antes. Curó en el acto al caballo quitándole los instrumentos de tortura. Escribió una carta al *Times* y fué publicada

por intermedio del difunto sir Arturo Helps. A ruego suyo escribió sir Arturo su obra sobre los *Animales y sus amos*. Asistió a una reunión de la Sociedad Protectora de los Animales y encontró una docena de carruajes a la puerta, con los caballos amordazados, con la cabeza levantada por medio de frenos y riendas de cabezada y que estaban detenidos allí hacía varias horas. Se dirigió a la Comisión, pero no le quisieron escuchar. El presidente le ordenó que saliera de la sala.

Continuó en su propósito a pesar de todo. No era fácil imponerle silencio. Escribió cartas a todos los periódicos, que éstos publicaban. Despertó el espíritu público en favor de este asunto. En seguida publicó su folleto sobre «Frenos y riendas de cabezada», y lo repartió profusamente por todo el país. Fué seguido por «Los caballos y los arneses», segunda parte del primer folleto. El señor Flower hace la siguiente descripción del modo de poner arneses a los caballos de un coche elegante: «Se usa una rienda de cabezada bien tirante para tener levantada hacia atrás la cabeza de los caballos, una martingala fija para tirarla hacia abajo, tapaojos ajustados para que no vean su camino, gruperas que tienen que estar fuertemente apretadas para conservar en su sitio las riendas de cabezada, de modo que las cabezas y las colas de los animales están atadas fuertemente la una con la otra. Para conseguir un poco de comodidad acortando su lomo cuando está parado, extiende el caballo sus manos más allá de su posición natural, interin las patas traseras son echadas hacia atrás en proporción, causando esto inflamación y cojera navicular. La rienda-cabezal tirante, al mantener la cabeza en una posición innatural y fija, violenta la tráquea y los órganos respiratorios, originando la respiración ruidosa y otras enfermedades. La cabezada de las riendas es frecuentemente muy corta, lastimando por eso la parte baja de las orejas; también la testera, que cuando se halla ajustada, además de unir demasiado a los tapaojos, tira hacia adelante la cabeza de las riendas, de modo que oprime y lastima el dorso de las orejas, y cuando el caballo da muestra de malestar levantando la cabeza, se le castiga con mayor número de correas y más tirantes, molestándose rara vez el cochero para averiguar la causa de la irritación y remediarla.

»La moda es poderosa—más poderosa, me lo temo, que la caridad—; con todo, aún tengo esperanza. La moda ya no exige que los caballos sean desorejados, tarjados y que se les corten las colas; por esto puede ser que desaparezcan estas nuevas formas de contorsión y crueldad. Si algunos cuantos jefes de la moda se unieran con algunos hombres y mujeres de sentido común y amantes de la caridad, en breve borraríamos esta mancha de nuestra civilización. Siéntome feliz por haber podido hacer

oír mi débil voz en esta causa; y agradezco de todo corazón a todos aquellos (y son muchos) que se han adelantado a auxiliarme y a estimularme. He de perseverar, y, aunque soy viejo, no desespero de vivir lo bastante para poder hacer que se grabe sobre la losa de mi sepulcro: «Fué uno de los hombres que más contribuyeron a que fuera abolido el uso de la rienda de cabezada.»

Mr. Flower apela a las señoras, como si las señoras fueran entre todas las más crueles, en su trato de los animales. «A las señoras—dice—se las acusa de que les gusta ver a sus caballos con las cabezas levantadas y haciendo cabriolas con las patas. Seguramente que es así, porque no saben cuánto más gracioso es ver a un caballo hermoso y bien mantenido en sus movimientos libres y naturales. Ved, señoras, las bocas de vuestros caballos. No hagáis caso de lo que os digan vuestros cocheros sobre la necesidad de la bárbara atrocidad de usar riendas de cabezada con mordaza, frenos mulares y el uso irritante del látigo. Aprended a conocer los delicados órganos de los animales a quienes debéis tanto de vuestro *confort* y placer, y ellos os pagarán con usura vuestra consideración y bondad.»

El resultado de la labor de Mr. Flower hasta el presente ha sido que se ha suprimido, por caballeros humanitarios, como un treinta por ciento del tormento aplicado por las riendas de cabezada. Sólo falta alistar a las bondadosas señoras para que hagan desaparecer el resto de la crueldad. «Es contra la ignorancia, la preocupación, la moda, y, en muchos casos, la porfiada crueldad, contra las que hay que combatir. Estoy contento por haber hecho muchos conversos, y espero que podré continuar hablando, escribiendo con la ayuda de mi mujer, molestando tal vez a mis amigos y al público, hasta que quede desterrado de este país, que se titula civilizado, el espectáculo, que ahora se ve diariamente, de caballos echando espuma por la boca, torturados y enloquecidos por el dolor producido por las barbas, las mordazas y los látigos. Id al parque o a las calles de moda, y mirad a los amordazados caballos, ya estén parados o en movimiento, y veréis que mi pintura del «tormento» no es exagerada; y las bellas dueñas de los carruajes están sentadas sonriendo inconscientes del dolor que están causando, el cochero indiferente a ello, alegrándose tal vez, de tiranizar a las desgraciadas víctimas de su ignorancia, de su mala índole o de su «presunción».

Hace poco que lord Leigh escribió a Mr. Flower: «Os felicito por vuestro éxito, y espero que no esté lejano el día en que un caballo con rienda de cabezada sobre sí, sea un objeto tan raro como lo es un soldado con armadura; y si llegara ese venturoso día, podréis experimentar la satisfacción de haber hecho un ser-

vicio tan grande a los animales como en su tiempo lo hizo Wilberforce a los pobres esclavos.»

Mr. Flower no se contentó con ayudar a los caballos de coche. En seguida se fué en ayuda de los caballos de los carros. A los setenta y cinco años de edad, después que hubo festejado sus bodas de oro, escribió, con el auxilio de su mujer: «Las piedras de Londres», muy diferentes de «Las piedras de Venecia», por Ruskin. Puso en la primera página de su obra el retrato de Macadam, el gran mejorador de los caminos. Pero los principios de Macadam hacía mucho que se hallaban olvidados. Los caminos de Londres estaban todos cubiertos con piedras grandes; y su corazón se hubiera oprimido al ver el efecto de su sistema, en el modo de ser ejecutado por municipales ignorantes en compañía de contratistas corrompidos. En tiempos de Macadam tenían que pasar las piedras por un anillo de dos pulgadas, y no debían tener más de seis onzas de peso. Tenían que ser partidas de manera que se unieran por sus ángulos de un cuerpo firme, compacto, e impenetrable. Pero las piedras son empleadas ahora tan grandes que muchas de ellas son del tamaño del puño de un hombre. ¿Cómo pueden los pobres caballos arrastrar sus carros tan excesivamente cargados sobre piedras que hacen su paso tan penoso? Esto hizo que Mr. Flower pusiera manos a la obra; y de aquí su folleto. Invadió las comisiones municipales y expuso sus quejas. El criterio mismo lo proclama en las calles, mas ningún concejal le hace caso. ¡Esperamos que la voz de Mr. Flower no clamará en vano mucho tiempo más!

En resumen, consideramos a Mr. Flower como un verdadero amante de las criaturas, no tan sólo de los hombres, sino también de los animales. Durante la guerra entre el Norte y el Sud de los Estados Unidos de América, recorrió todo este país, celebrando conferencias sobre la libertad de los esclavos africanos. Conservábase fiel a los instintos que habían llenado su alma con esa idea en el Illinois. Cuando su padre falleció en América, mientras hacía estragos la guerra civil, dijo de él un periodista americano: «En la lucha llena de peripecias que fué la consecuencia de la tentativa de 1823 para legalizar la esclavitud en el Illinois, ninguno se alistó con más verdadero heroísmo que él. Nosotros, que somos del día, no podemos comprender sino muy débilmente la ferocidad y los sombríos prodigios de esa lucha. Tan equilibrados estaban los partidos contendientes del Estado, que el voto de la colonia inglesa, siempre fiel a los instintos de la libertad, hizo inclinar la balanza; siendo un puñado de robustos bretones la aislada esperanza para ayudar al triunfo sobre la injusticia y la opresión, cuyo éxito hubiera sellado para siempre

el destino de la libertad republicana y constitucional en América.»

Que no se olvide cuando se llegue a escribir el epitafio en el sepulcro de Eduardo Fordham Flower, y pueda él ver aún que se ha puesto un término a las torturas aplicadas a los caballos, contra las cuales ha luchado con tanto valor durante toda su vida.